

Otro nuevo obstáculo imponente se presentó á la marcha del gobierno de Maximiliano. El ministro americano en Viena había hecho saber al conde de Mensdorff, que iba á presentar una protesta contra los alistamientos complementarios destinados al cuerpo de voluntarios austriacos en México, y aun había agregado, que pudiera ser que en represalia, el Gobierno americano llegase á permitir á los agentes de Juárez, que engancharan gente en los Estados Unidos. Esa actitud dió por resultado la suspensión de alistamientos austriacos.

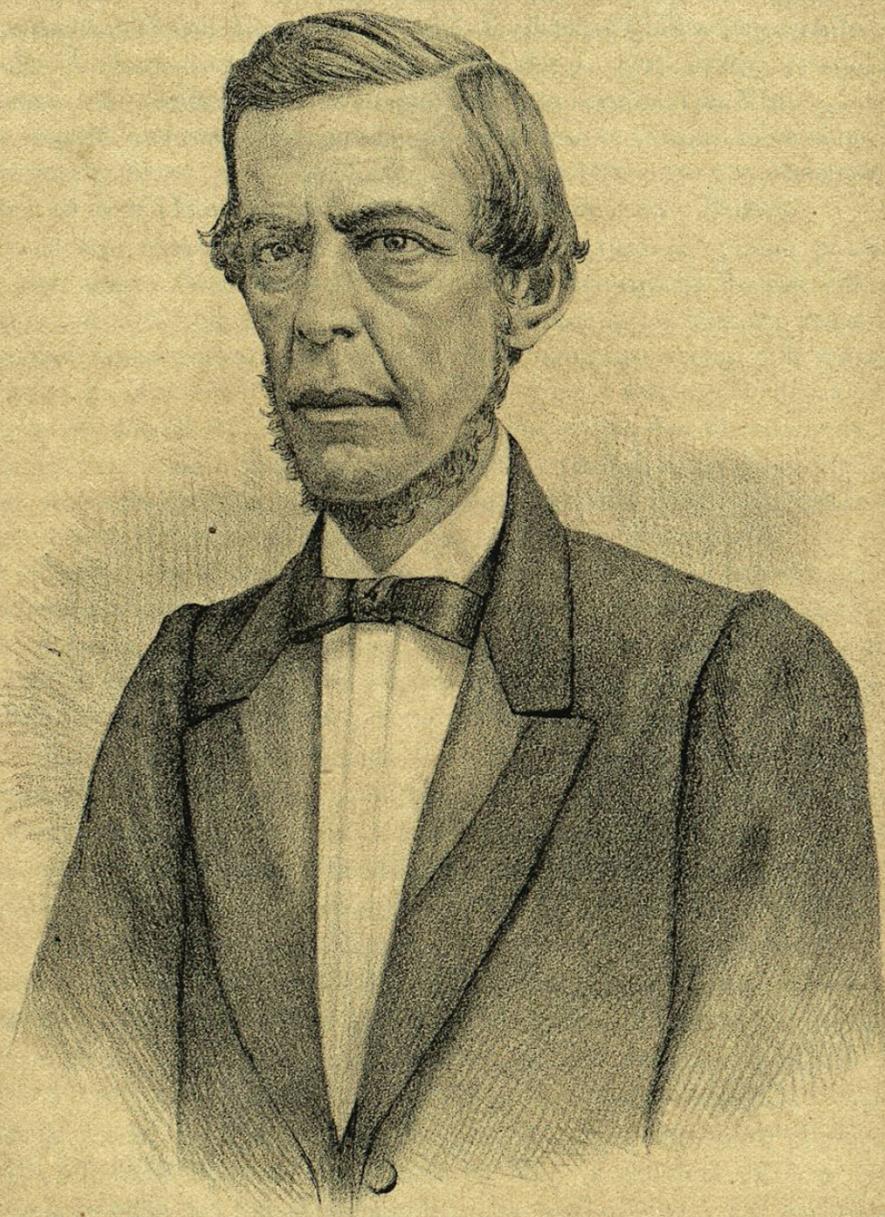
Las circunstancias tomaban cada día un carácter más grave, y las negociaciones entabladas hacía tres meses por Mr. Bigelow y que cobraron mayor actividad con la cooperación del general Schofield, iban dando ya sus resultados.

Podía contar Maximiliano con ciertas simpatías de algunos jefes del Ejército norteamericano, entre ellos el general á quien había logrado atraerse D. Luis Robles Pezuela en el viaje que hizo al puerto de Matamoros; pero tan luego que el Gobierno de Washington notó tal simpatía, reemplazó á ese jefe en el mando que desempeñaba en Brownsville. Creyó Maximiliano atraerse á otros de los hombres públicos de aquel país, concediendo privilegios sin tasa á las compañías americanas, que expidieron gran número de acciones para ganarse la voluntad de personas cuyos servicios necesitaban; pero tanto el Secretario de Estado como el general Grant y otros políticos de influencia, se oponían resueltamente á esos trabajos que venían á redundar en favor del Imperio.

Se reveló esa gran oposición á todo lo que tendiese á apoyar á Maximiliano, en el examen y calificación que se hizo del decreto imperial expedido para reglamentar el trabajo en México, y establecer las relaciones entre los trabajadores y sus patrones ó de los empresarios que los trajeran contratados al país; resolvió el Gobierno de Washington, que tal decreto importaba el restablecimiento de la esclavitud en México. (1)

A mediados de Diciembre de 1865, Mr. Seward escribía al ministro Bigelow lo siguiente, que no podía ser más definitivo: «El Presidente dispone que informe usted respetuosamente, al gobierno del Emperador dos cosas: 1ª que los Estados Unidos desean vivamente cultivar relaciones de sincera amistad con la Francia. 2ª que estas relaciones se hallarán en inminente peligro, á no ser que la Francia juzgue compatible con su interés y con su honor, el desistir en la prosecución de una intervención armada en México, cuyo fin es derribar al Gobierno republicano que allí existe, y levantar sobre sus ruinas la monarquía extranjera que ha intentado establecer en la capital de aquel país. «En conclusión, los Estados Unidos no reconocerán á Maximiliano, aun cuando las tropas francesas se retiraran de México.»

(1) El asunto fué pasado al Procurador general de los Estados Unidos, para que dictaminara si la disposición de Maximiliano imputaba el restablecimiento de la esclavitud y si tenía facultad para hacerlo; Mr. Speed, que era el Procurador, opinó que el decreto en cuestión importaba el restablecimiento de la esclavitud y que Maximiliano carecía de facultades para semejante hecho.



*Licenciado José M. del Villar y Bocanegra.*

El ejército expedicionario francés, al mando del General Forey, después de haber tomado posesión de la capital mexicana, estableció una Regencia y una Junta de Notables que designó á Maximiliano de Hapsburgo Emperador de México. Entonces fué nombrado Prefecto político de la capital el Sr. Villar y Bocanegra. Entendió en todos los preparativos para celebrar la llegada de los Emperadores Maximiliano y Carlota Amalia, y les arengó el día que entraron á la capital, que fué en 12 de Junio de 1864.

No obstante la energía de estas resoluciones, la prensa imperialista se afanaba en sostener que el Gobierno de Maximiliano contaba, no solamente con la tolerancia, sino también con la complicidad del de los Estados Unidos; llegaba á decirse que Mr. de Montholon había recibido seguridades por parte de Mr. Seward, de permanecer indiferente ante el trono que Napoleón levantara en México. Además, se aseguró que cualquiera agresión de las tropas americanas sobre la orilla derecha del río Bravo, sería considerada por la Francia como una declaración de guerra en la que la apoyarían Inglaterra, España, Austria y Bélgica.

El Gobierno norteamericano, que conocía bien cuál era la opinión pública en su país, estuvo siempre resuelto á sostener la doctrina de Monroe, y si no tomaba la iniciativa contra el Ejército francés que ocupaba á México, debíase á la necesidad de reorganizar los Estados que estuvieron insurrectos, y de reparar su hacienda pública, como la base para su prestigio y acción; calculábase que para fines del año de 1865 todo estaría ya listo y que, desembarazado de los asuntos interiores, podría impulsar los de México y resolverlos en el sentido que deseaba. Entonces el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos, abrigaban la íntima creencia de que ya terminada su guerra civil, el único partido que quedaba á Napoleón era retirar sus tropas de México, en obvio de mayores males. El Gobierno norteamericano se proponía darle tiempo, dentro de un plazo, para que sin violencia y sin que pareciese que procedían los franceses por amago y por fuerza, se efectuara la retirada, y en tal sentido creyó conveniente no oponer dificultades ni exigir cosa alguna que pudiese aparecer como amenaza.

La opinión pública había llegado á ser en los Estados Unidos unánime y tan vigorosa, que no había reunión ni sociedad, cualquiera que fuese el partido á que perteneciera, en que no se admitiese como exigencia nacional, adoptar un programa basado en la doctrina de Monroe y en la urgencia de dar protección á la República de México. Así lo resolvieron «La Sociedad del Servicio Unido,» las convenciones democrática y republicana de Nueva York, el *meeting* reunido en el Instituto Cooper, y otra multitud de asociaciones. Los más notables oradores manifestaban indignación por la presencia del Ejército francés en México, y se ocupaban en proponer los medios más eficaces para arrojarlo del continente; llegaron á decir que Maximiliano había dado pruebas de demencia con sólo aceptar la corona que Napoleón le ofreciera. Algunos, entre ellos el general Sheridan, jefe del Ejército de observación en Texas, insistían en calificar como parte de la rebelión del Sur el advenimiento de Maximiliano, y por consiguiente, creían incompleto el término de la guerra civil de los Estados Unidos, mientras no cayera el trono levantado aquí por las bayonetas francesas.

Queriendo el Gobierno norteamericano dar á Napoleón una prueba más de su resolución en destruir la monarquía presidida en México por Maximiliano, nombró al general John A. Logan, Ministro Plenipotenciario y Enviado extraordinario de los Estados Unidos, *cerca de la República Mexicana*. El nombramiento